

EL CRUCE DE LOS ANDES

San Martín toma la posta de Belgrano

Mientras los escuadrones de Granaderos a Caballo triunfaban al mando de su comandante, el teniente coronel **San Martín**, en San Lorenzo, el Ejército del Norte, al mando del brigadier general **Manuel Belgrano**, realizaba una exitosa campaña en Tucumán y Salta.

El 20 de febrero de 1813, el Ejército del Norte, como se llamaba al de Belgrano, derrotó en la batalla de Salta a la vanguardia del ejército realista del Alto Perú, al mando del brigadier **Pío Tristán**.

La victoria patriota en Salta abrió el camino para la segunda campaña al Alto Perú. En dos meses Belgrano se apoderó de todo el Alto Perú y logró que sus habitantes se proclamaran partidarios de su causa.

El cuartel general argentino se instaló en la Villa Imperial de Potosí y en su famosa Casa de Moneda se acuñó la primera moneda argentina en plata, con el escudo de la Asamblea del año XIII.

La campaña se inició victoriosa, pero finalmente el virrey del Perú, Fernando de Abascal, decidió cambiar a su general en jefe en el Ejército Real, el peruano Manuel de Goyeneche, y lo reemplazó por el brigadier español Joaquín de la Pezuela, quien reorganizó el ejército realista y se aprestó a enfrentar al patriota.

Para fines de 1813, Belgrano había sido derrotado, primero en Vilcapugio el 1º de octubre, y definitivamente en Ayohuma, el 14 de noviembre, por el reorganizado y mejorado ejército realista.

El general victorioso, De la Pezuela, llegaría al cargo de virrey del Perú tres años después, y lo sería hasta la campaña de San Martín en 1821.

Los restos del Ejército del Norte derrotado debieron replegarse hasta Tucumán; en tanto las provincias de Salta y Jujuy quedaron bajo la amenaza de invasión del enemigo solamente defendidas por los gauchos de **Martín Miguel de Güemes**.

En tales circunstancias, el Triunvirato de Buenos Aires, a finales de 1813, ascendió a San Martín al grado de coronel mayor y lo nombró mayor general, es decir, el segundo al mando de aquel ejército que venía, disperso y derrotado, del Alto Perú.

San Martín y Belgrano no se conocían personalmente antes de encontrarse en Yatasto, pero se había establecido entre ellos una relación epistolar desde tiempo antes. Ambos habían abierto sus almas, de forma que simpatizaron aún antes de verse por primera vez.

Consejos a Belgrano

Cuando Belgrano empezó su campaña del Alto Perú, San Martín redactó y le envió unos cuadernos sobre materias militares, y le dio consejos sobre las mejoras que creía se debían introducir en la organización de las distintas armas, en especial la caballería, la que consideraba no debía usar armas de fuego, sino sable y lanza.

Belgrano, rumbo a Vilcapugio, en plena creencia de lograr una victoria, le contestaba, con modestia: *“Por casualidad, o mejor diré, porque Dios ha querido, me hallo de general sin saber en qué espera estoy; no ha sido esta mi carrera, y ahora tengo que estudiar para medio desempeñarme, y cada día veo más y más las dificultades de cumplir con esta terrible obligación”*. Refiriéndose a sus consejos, agregaba: *“Convengo con Ud. en cuanto a la caballería, respecto a la espada y lanza”*.

Después de Ayohuma, San Martín le escribía confortándolo en su infortunio y anunciándole el refuerzo que debía conducirlo al norte. Belgrano contestaba: *“He sido batido en las pampas de Ayohuma, cuando más creía conseguir la victoria; pero hay constancia y fortaleza para sobrellevar los contrastes, y nada me arredrará para servir, aunque sea en clase de soldado por la libertad e independencia de la patria”*.

Al saber que era San Martín quien marchaba en su auxilio, le escribió: *“No sé decir a Ud. cuánto me alegro de la disposición del Gobierno para que venga de jefe del auxilio con que se trata de rehacer este ejército (...), vuele si es posible; la patria necesita que se hagan esfuerzos singulares...No tendré satisfacción mayor que el día que logre estrecharle entre mis brazos, y hacerle ver lo que aprecio el mérito y la honradez de los buenos patriotas como Ud.”*.

Hermanos de armas

Animados por tales sentimientos, se dieron el abrazo histórico de hermanos de armas, el vencedor de Tucumán y Salta pero derrotado en Vilcapugio y Ayohuma, y el futuro vencedor de Chacabuco y Maipú, libertador de Chile y el Perú, que por entonces sólo ostentaba el modesto laurel de San Lorenzo, al decir del historiador José Luis Busaniche.

San Martín se presentó a Belgrano como su subordinado y pidiéndole órdenes; pero Belgrano lo recibió como al salvador y a su sucesor.

San Martín no quería asumir el mando en jefe humillando a un general, ni ocupar el puesto de mayor general lastimando a los jefes fundadores de aquel desgraciado ejército, y así lo dijo al gobierno.

Pero el Triunvirato consideraba necesario reemplazar a Belgrano y que San Martín tomara el mando por necesidad política y pública.

El triunviro Rodríguez Peña le hizo ver el enojo del gobierno en una carta: *“Tenemos el mayor disgusto por el empeño de Ud. en no tomar el mando en jefe, y crea que nos compromete*

mucho la conservación de Belgrano". El Triunvirato necesitaba a Belgrano en Buenos Aires para aclarar las causas de las derrotas sufridas.

Finalmente, San Martín asumió el mando del Ejército del Norte y Belgrano en el corto tiempo que aún permaneció en el ejército, se puso a sus órdenes como jefe de regimiento y dio el ejemplo de ir a recibir humildemente las lecciones de táctica y disciplina que dictaba el nuevo general.

Desde ese momento, estos dos grandes hombres que habían simpatizado sin conocerse, que se habían prometido amistad al verse por primera vez, se profesaron una eterna y mutua admiración.

Belgrano murió creyendo que San Martín era el genio tutelar de la América del Sur. San Martín, en todos los tiempos y hasta sus últimos días, honró la memoria de su ilustre amigo como una de las glorias más puras del nuevo mundo.

La idea del Plan Continental

San Martín pasó poco tiempo en Tucumán, sólo tres meses; tiempo suficiente para reorganizar al ejército, instalarlo en la ciudadela fortificada de Tucumán, como reserva y respaldo de la acción de los gauchos salteños en caso de un intento realista de invasión.

También le permitió explorar la zona y conocer las realidades del país, lo extenso y árido del territorio que se abría hacia el norte; la altura y su efecto en los hombres, y lo complicado de hacer una larga campaña terrestre atravesando el Alto Perú para llegar al Virreinato de Lima.

En varias oportunidades, reveló a sus más allegados que estaba elaborando su Plan Continental.

Desde Tucumán, el 22 de abril de 1814, según recogió en su Historia Argentina **Vicente Fidel López**, hijo del autor del Himno Nacional, San Martín le escribió a Nicolás Rodríguez Peña una carta, hoy perdida y puesta en duda por algunos historiadores, pero que López habría conocido por su padre, miembro entonces del gobierno y de la Logia Lautaro. En esta carta le exponía sus planes de campaña a nivel continental y la imposibilidad de lograr nada positivo por el camino del Alto Perú.

Según López el texto decía: *"No se felicite, mi amigo, de lo que yo pueda hacer en esta; no haré nada y nada me gusta aquí. No conozco los hombres ni el país, y todo está tan anarquizado que yo sé mejor lo poco o nada que pueda hacer. Ríase usted de esperanzas alegres. La Patria no hará camino por este lado del norte, más que no sea una guerra permanente, defensiva y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta, con dos escuadrones buenos de veteranos. Pensar en otra cosa es echar al pozo de Airón hombres y dinero. Así que no moveré ni intentaré expedición alguna".*

"Ya le he dicho mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza, para pasar a Chile y acabar con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para acabar también

con los anarquistas que reinan. Aliando las fuerzas, pasaremos por el mar a tomar Lima; ese es el camino y no este, mi amigo. Convéncese usted que hasta que no estemos sobre Lima, la guerra no se acabará”.

Un paso por Córdoba

Vuelve sobre su enfermedad y quebrantada salud, de la que había ya informado, y agrega que lo que deseaba es que se le diera, luego restablecido, el gobierno de Cuyo. Allí organizaría una pequeña fuerza de Caballería para reforzar a Balcarce en Chile, que se hallaba en apoyo de los patriotas chilenos en lucha contra una invasión realista desde 1812. Cerraba su carta diciendo: *“Si hemos de hacer algo de provecho, y confieso que me gustaría pasar mandando ese cuerpo”.*

Debido al clima caluroso del norte y a los resabios de un paludismo contagiado en su juventud en África, San Martín enfermó estando en Tucumán y por consejo de su médico viajó a Córdoba para restablecerse.

No pasó mucho tiempo en Córdoba, pero allí, en julio de 1814, aún convaleciente, recibió la buena noticia de la rendición de la plaza realista de Montevideo, luego de las victorias navales del almirante **Guillermo Brown**. También supo de la abdicación de **Napoleón**, y la consiguiente restauración de **Fernando VII** en el trono de España; suceso éste que era de graves consecuencias para la guerra de la independencia americana.

El capitán **Gregorio Aráoz de La Madrid**, después general, lo conoció en aquellas circunstancias. En sus Observaciones sobre las Memorias póstumas del general José María Paz, aclara la falsa versión de que San Martín fingiera estar enfermo para dejar el mando del Ejército del Norte.

“Cuando poco después se retiró el general San Martín, por enfermo, me regaló su espada, al tiempo de marcharse, diciéndome que era la que le había servido en San Lorenzo, y que me la daba para que la usase en su nombre seguro de que sabría yo sostenerla”. La espada que recibió La Madrid fue una de combate de granaderos, no el corvo que era su espada de mando y de la que jamás se desprendió hasta su muerte.

Continúa La Madrid diciendo: *“Lo que el general Paz dice respecto a que la enfermedad del general San Martín fue un pretexto para retirarse del ejército, porque adquirió el convencimiento de que vendría a suplantarlo cuando llegase la ocasión otro general más favorecido, estoy en creer que sólo son conjeturas de él,... pues es efectivo que el general San Martín estuvo enfermo, pues vomitó sangre varias ocasiones y no recuerdo que se hubiese evidenciado después, como dice Paz, que ella era un nuevo pretexto”.*

Allí también, el 10 de agosto de 1814 recibió la grata noticia de haber sido nombrado Gobernador Intendente de Cuyo a solicitud suya. El nuevo Director Supremo, *Gervasio Antonio de Posadas*, le decía que era con el doble objeto de continuar los distinguidos servicios que tenía hechos al país, y el de lograr la reparación de su quebrantada salud en aquella deliciosa temperatura. Su nuevo destino, con capital en Mendoza, abarcaba las provincias de Mendoza, San Juan y San Luis.

Gobernador de Cuyo

San Martín tenía 36 años cuando llegó a Mendoza, el 7 de septiembre de 1814. Su figura era marcial y su trato afable, los que conquistaron rápidamente la simpatía de sus gobernados mendocinos. De su personalidad física, moral e intelectual, de sus trabajos y costumbres, de su vida civil y militar hay numerosos testimonios de quienes lo conocieron y trataron en esos años, los cuales han sido fielmente reseñados **por José Luis Busaniche** en su obra San Martín visto por sus contemporáneos.

De **Damián Hudson**, el historiador y memorialista mendocino del siglo XIX, en su libro Recuerdos históricos de la provincia de Cuyo, se rescata la llegada de San Martín a la que él mismo llamaría su “ínsula cuyana”.

“Estábase ya a fines de ese mismo año de 1814, cuando llegaba a Mendoza el nuevo gobernador nombrado. Los corazones mendocinos se estremecieron de vivo entusiasmo a la presencia del joven general.

“Su recepción fue festejada con las más vivas demostraciones de adhesión y amor hacia su persona, y, desde entonces, jamás Mendoza desmayó en un solo día, de la casi idolatría que tuvo por el general San Martín. El, a su vez, pagóla con una extremada predilección, con la más distinguida estimación, con los gratos recuerdos que constantemente consagró a esa cuna de sus imperecederas glorias. Su elevada estatura, su continente marcial, sus maneras insinuantes, cultas y desembarazadas, su mirada penetrante y de un brillo y movilidad singulares, revelándose en ella el genio de la guerra, la aptitud sobresaliente del mando; su voz tonante de un timbre metálico, su palabra rápida y conmovente, sus costumbres severamente republicanas; todo esto, reunido a las altas dotes que sus ilustrados biógrafos han descripto, presentábanle como un hombre de Plutarco, llevado en hombros de la popularidad.

“No podía el gobierno general haber hecho una más acertada elección del jefe a quien confiaba tan delicado puesto con la intuición, tal vez, de la inmensa trascendencia que una tal medida iba a tener dentro de poco tiempo.

“Con la penetración de poderoso alcance, con el golpe de ojo dado sólo al genio, que descollaban entre sus demás eminentes cualidades, San Martín, pasando por San Luis, llegando a Mendoza y visitando a San Juan, abarcó con una sola mirada, por decirlo así, la grande importancia, las inmensas ventajas que poseía la provincia de Cuyo para dar un fuerte impulso con su valioso e inmediato concurso a la gigantesca empresa de nuestra independencia”.

Según el historiador mendocino **Edmundo Correas**, los trabajos que emprendió San Martín en el gobierno y administración de Cuyo fueron decisivos para el futuro de tres naciones (Argentina, Chile y Perú), y su labor fue particularmente significativa en Mendoza, donde residió desde el 7 de septiembre de 1814 hasta el 23 de enero de 1817, cuando salió para Chile.

El 2 de octubre de 1814, el ejército chileno, al mando del general **Bernardo O'Higgins**, fue derrotado por el Ejército Real de Chile, del brigadier **Mariano Osorio**, en la batalla de Rancagua, tras dos años de invasión realista. Terminaba así la primera etapa del Chile independiente, la llamada Patria Vieja, y empezaba el éxodo de familias y soldados.

Apenas supo del desastre, San Martín solicitó auxilio a los mendocinos. Con la mayor prontitud -como él mismo escribió-, salieron al encuentro de los chilenos más de 1.000 cargas de víveres y muchísimas bestias de sillar para su socorro.

O'Higgins, que venía con su madre y con su hermana, se convirtió enseguida en la mano derecha de San Martín en la organización del ejército y durante el cruce de los Andes.

Tareas múltiples

En Mendoza, San Martín desempeñó todas las funciones de gobierno. Ejerció el Poder Ejecutivo, fue legislador, juez, edil y jefe militar; además de diplomático y político.

Pese a tanto poder, no se desempeñó en forma despótica.

La pérdida de Chile era muy sensible para el plan continental sanmartiniano. Ahora se hacía necesario redoblar los esfuerzos tanto en el gobierno civil como en los asuntos militares.

Ya no se cruzaría a un país amigo, sino a una capitania militar enemiga.

Pero era indispensable recuperar a esa *ciudadela de América* que era Chile, la llave del Virreinato del Perú.

Muy poco apoyo podía esperar en esos momentos desde Buenos Aires, que estaba concentrado en rearmar el Ejército del Norte, para lanzarlo a una nueva campaña, absolutamente inútil según la forma de ver de San Martín.

El director Posadas, sin embargo, hizo lo que pudo, y le aconsejaba arreglárselas como pudiera, *"interin acá me peleo para mandar tercerolas, sables viejos, o demonios coronados para que se ponga la cosa en pie de defensa."* Por ello fue necesario conseguir recursos de sus gobernados cuyanos, los que a pesar de su pobreza y con sacrificio y abnegación, según dice el mendocino Correas, con el esfuerzo mancomunado de las tres provincias dieron vida al Ejército de los Andes.

En las funciones de gobierno San Martín mostró su personalidad previsor, disciplinada, virtuosa, pero por sobre todo infatigable y apasionada por la libertad.

Se rodeó de colaboradores que interpretaban rápidamente sus decisiones, entre ellos el coronel **Toribio de Luzuriaga**, en Mendoza; **José Ignacio de la Rosa**, en San Juan, y **Vicente Dupuy**, en San Luis.

Educación, salud y justicia

En esos años debió exigir contribuciones y ayudas extraordinarias. Luzuriaga le escribía: “El pueblo derrama a borbotones toda clase de ayuda”.

Prueba de la estimación popular, recuerda Correas, fue la adhesión que le demostró el Cabildo Abierto cuando en 1815 el nuevo Director Supremo, Carlos de Alvear, su antiguo amigo, pero ahora inflamado de soberbia y de poder le “aceptó la renuncia” para sacarlo de en medio, y designó en su reemplazo al coronel **Gregorio Perdriel**. “¡Queremos a San Martín!”, fue el grito de los mendocinos y el voto de los Cabildos en San Juan y San Luis.

Fue el Cabildo mendocino el que le donó 200 cuadras en Los Barriales, donde él hubiera deseado vivir siempre, y lo declaró *Ciudadano Honorario y Regidor Perpetuo* en 1821, cuando ya no era gobernador y estaba lejos de Mendoza.

San Martín también se ocupó de otros asuntos además de los militares. Le preocupaban la salud y la educación. Por ello trajo y difundió el uso de la vacuna antivariólica, fundó la primera biblioteca pública mendocina, fomentó la educación en Cuyo y dictó instrucciones precisas a los maestros de escuela, prohibiendo el uso de los castigos corporales a los escolares que se usaban desde la época hispana.

Además, ayudó a crear el Colegio de la Santísima Trinidad, el primer establecimiento educacional mendocino de enseñanza secundaria.

Lo edilicio y municipal tampoco escapó a su gobierno. Embelleció y extendió la vieja Alameda, que era el paseo habitual de la sociedad mendocina; abrió canales de riego; delineó la Villa Nueva; impulsó la industria y el comercio; y llegó hasta el detalle de las casas, ordenando que se blanqueara a la cal, con fines estéticos y sanitarios. Y prohibió, por seguridad, la construcción de balcones y ventanas voladas que obstruían el paso de los transeúntes.

Bartolomé Mitre dijo que también fue un juez que sentenció con criterio humano y de acuerdo con la verdad, el buen juicio y la clemencia, con poca invocación de leyes o intervención de abogados y procuradores. Fue juez como un buen padre de familia, dice Correas, y hay muchos recuerdos que lo atestiguan y demuestran sensibilidad. Cuando supo que a los presos en la cárcel de Mendoza les daban de comer cada 24 horas, se dirigió al Cabildo para que se incluyera cena en la alimentación diaria.

Por otra parte, en Mendoza, San Martín formó su hogar. El director Posadas, amigo de la familia Escalada, organizó el viaje de la joven esposa, cuya salud fue siempre delicada. La acompañaron **doña Benita Melo** y su esposo, **Manolito Corvalán**, que era natural de Mendoza y de una de las familias principales, según cuenta Posadas.

El 1º de octubre le informa que ya ha salido su esposa de Buenos Aires, y señala; “*La cual no ha tenido culpa en la demora, sino sus padres, según ellos mismos me lo han dicho, pues no han querido que pase a un país nuevo sin todos los atavíos correspondientes a su edad y nacimiento. Al fin, son sus padres y es forzoso que, al menos en esa ocasión, los disculpe usted*”.

A pocos días de llegar, Remedios de Escalada se convirtió en el centro de la sociedad mendocina que, espontáneamente, simpatizó con la juvenil esposa del nuevo gobernador. Remedios organizó la donación de joyas para el servicio de la patria amenazada. Fueron damas mendocinas, sanjuaninas y puntanas quienes respondieron a su reclamo. Junto a sus nuevas amigas Margarita Corvalán, Mercedes Álvarez, Laureana Ferrari y la chilena Dolores Prat de Huisi, cuyo esposo había muerto en Rancagua, bordaron la Bandera de los Andes, jurada el 5 de enero de 1817. Ese mismo día se consagró como patrona del Ejército de los Andes a la Virgen del Carmen de Cuyo.

El hogar de San Martín estaba en una modesta casa de la actual calle Corrientes. Allí nació, el 24 de agosto de 1816, la única hija del Libertador, Mercedes. Cuando la niña nació el futuro Libertador escribió orgulloso a su amigo Tomás Guido que era padre de una *“Infanta Mendocina”*, haciendo alusión al título que en España daban a las princesas. Con ese mote la historia recuerda a su hija.

La estancia mendocina fue el período más largo de convivencia entre el matrimonio San Martín. Sin embargo, no existen mayores detalles sobre esta *“vida de hogar”*.

A fines de 1817, San Martín comenzó su campaña libertadora de Chile y Perú y no volvió a ver viva a su esposa Remedios.

Cuyo en tiempos de San Martín

Provincia	Ciudad	Campaña	Total	Sup. Km2
Mendoza	5.484 hab.	7.831 hab.	13.315 hab.	150.000 Km2
San Juan	3.591 hab.	9.388 hab.	12.979 hab.	86.000 Km2
San Luis	1.716 hab.	15.121 hab.	16.837 hab.	76.700 Km2

Distribución de la población mendocina

(Ciudad y campaña)

Total general: 13.318 personas

Tipo de población	Ciudad	Campaña
Americanos	2.529	3.054
Peninsulares	90	46
Religiosos	109	40
Extranjeros	11	8
Indígenas	548	2.327
Negros	2.200	2.356

Distancias desde Mendoza

Buenos Aires	1.100 Km.
San Juan	160 Km.
San Luis	258 Km.

Según el último censo, del año 2.001, la población total de Mendoza asciende a 1.579.651 habitantes.

Mientras actúa en la administración civil de Mendoza, trabaja sin descanso en la organización del Ejército de los Andes, puesto que su idea originaria se ha visto necesariamente modificada por la caída de Chile.

Se levanta a las 4 de la mañana y desde las 5 está en plena faena. Sus impresiones de estos años se han conservado en su epistolario con su amigo **Tomás Guido**, rescatado por la historiadora **Patricia Pasquali**. El se siente trabajando “como un macho” o como una bestia, pero sin recibir el apoyo sincero de Buenos Aires, que mientras esté al mando de Alvear se desentenderá de Cuyo.

El mismo San Martín escribe que: “San Martín será siempre sospechoso”, puesto que le llegan anónimos y pasquines llenos de injurias y calumnias, insultos y amenazas. Son escritos preparados por los partidarios de Alvear en la Logia, que ahora domina el gobierno y se ha apartado de sus ideales originales. Lo acusan falsamente de ambicioso, cruel, ladrón y poco seguro a la causa, porque habría sido enviado por los españoles. El se incomoda primero pero luego reflexiona y escribe a Guido: “Usted dirá que me he incomodado. Sí, mi amigo, un poco. Pero después llamé a la reflexión en mi ayuda, hice lo que Diógenes, zambullirme en una tinaja de filosofía y decir: todo es necesario que sufra el hombre público para que esta nave llegue a puerto...”.

Luego de la caída de Alvear, Buenos Aires va a ayudar mucho a su causa, pero sin duda los que más ayudaron fueron los cuyanos. La mayor parte del ejército, hombres, armas, caballería, vituallas, ropas y diversos pertrechos será de origen mayoritariamente cuyano. Todo Cuyo se puso al servicio del ejército, incluso los indios pehuenches y los negros esclavos, como recuerda Correas.

Más de 700 operarios cuyanos, hoy los llamaríamos obreros especializados, trabajaron día y noche en la maestranza del Ejército de los Andes, que dirigía fray Luis Beltrán; o en el molino o batán de Tejeda, que hacía los paños y lo necesario para los uniformes; en la fábrica de pólvora y mixtos explosivos dirigida por Álvarez de Condarco. Por otro lado, cientos de mujeres y todas las monjas patriotas de Mendoza, San Juan y San Luis, tejieron ponchos, matras, mantas, picotes y cocieron los uniformes y las ropas para los 7.000 hombres que llegaría a tener el ejército, incluidos los milicianos, boyeros, herradores, barreteros y baqueanos. El ejército se alojó en viejos cuarteles y en conventos, y los oficiales en casas de familia de la ciudad, hasta que se pudo formar el campamento del Plumerillo y se concentró allí poco antes del cruce.

Todos los historiadores son unánimes en reconocer y resaltar el gigantesco aporte cuyano a la empresa sanmartiniana, todos respondieron al llamado y reclamo de San Martín, incluyendo los niños, que se alistaron como tambores del ejército. Todos dieron algo, los que pudieron, su dinero, otros las acémilas o mulas que necesitaba el ejército para el cruce, la comida y las más diversas cosas. Impresiona, dice Correas, la lista de donaciones de mujeres sanjuaninas y puntanas.

Ya en vísperas de la partida, el paso de la cordillera era lo único que le hacía perder el sueño a San Martín, como le escribió a su teniente de gobernador puntano Godoy Cruz porque le faltaba tiempo, dinero, salud, *“pero estamos en la inmortal provincia de Cuyo y todo se hace. No hay voces ni palabras para expresar lo que son estos habitantes”*.

Dos meses después, desde la cuesta de Chacabuco, el 12 de febrero de 1817, el general San Martín “al apearse de su caballo -dice Bartolomé Mitre- cubierto aún con el polvo del combate, su primer pensamiento fue por los pueblos cuyanos que le habían proporcionado los medios de realizar su empresa y escribió a los Cabildos de Mendoza, San Juan y San Luis: *“Gloríese el admirable Cuyo de ver conseguido el objeto de sus sacrificios. Todo Chile es nuestro”*.

Hoy en día esa gloria de las provincias cuyanas se une al orgullo de haber sido ellas las únicas que tuvieron al padre de la Patria como el mejor de sus gobernantes.

Se pone en marcha el plan del Libertador

La organización del Ejército de los Andes para el cruce de la cordillera fue estudiada en detalle por los principales biógrafos de San Martín, **como Bartolomé Mitre y José Pacífico Otero**. Siguiendo esta línea, pero profundizando en los aspectos militares se hallan los trabajos del coronel e historiador **Leopoldo Ornstein**.

Dichos trabajos son los que se siguieron en el presente capítulo, sumándole lo referente a la organización de las unidades y el vestuario llevados por los cuerpos del Ejército de los Andes.

San Martín inició los trabajos para la organización del ejército con que habría de llevar a cabo su gesta, sobre la base de los dos únicos núcleos de tropas con que contaba y que existían en Mendoza cuando se hizo cargo del gobierno.

Por un lado, el Cuerpo de Auxiliares de Chile que, al mando del coronel Gregorio de Las Heras, había colaborado desde 1812 en las campañas de la independencia del país hermano y habían llegado a Mendoza tras la derrota de Rancagua en 1814.

Por el otro lado, estaban *las milicias cívicas* de la provincia, agrupadas en dos cuerpos de caballería y dos batallones de infantería de Cívicos Blancos y Cívicos Pardos, que existían desde la administración colonial y habían sido modificadas después de 1810.

Para atender a la defensa del territorio de su gobernación, que ahora se hallaba amenazado desde Chile por una posible invasión realista, San Martín aumentó los efectivos de los cuerpos cívicos para las tareas de protección. Implantó una especie de servicio militar obligatorio en la provincia de Cuyo.

El 8 de noviembre de 1814, se creó el Batallón N° 11 de Infantería de Línea con los restos de los veteranos Auxiliares de Chile, y a ello se sumó la de un escuadrón de caballería.

Más combatientes

En diciembre, llegaron desde Buenos Aires dos compañías del Batallón Nº 8, formado por negros libertos de Buenos Aires y la Banda Oriental que prestaban servicios militares a cambio de su libertad, de allí su nombre, y una compañía de artillería con cuatro piezas de campaña. Tenía para entonces un total de 400 hombres y 4 cañones.

Estaba lejos aún de las mínimas necesidades futuras. Por eso empezó a incorporar nuevas tropas, mediante la implementación de procedimientos expeditivos a fin de llegar a la base orgánica que necesitaba para la empresa planeada. En ello fue auxiliado en parte más no en el todo por el Gobierno de Buenos Aires. En febrero de 1815, se incorporaron más tropas de Artillería.

El 26 de julio, llegaron los Escuadrones 3º y 4º de sus Granaderos a Caballo, que habían servido en el sitio de Montevideo, y le eran devueltos por el Director Supremo, al mando del capitán **Estanislao Soler** y del teniente **Juan Galo Lavalle**. Estos además llevaban vestuario, equipo y armamento para 400 soldados.

El 14 de agosto, San Martín recurrió al voluntariado, con lo que obtuvo algunos contingentes apreciables.

A los emigrados chilenos los distribuyó entre cuerpos, según sus grados (oficiales, clases y tropa), pues no eran suficientes para formar uno solo independiente, y además se hallaban divididos políticamente entre carrerinos y o'higginistas.

Como le faltaban 130 hombres para completar los escuadrones de granaderos, publicó el célebre bando: *“tengo 130 sables arrumbados en el cuartel de granaderos a caballo, por falta de brazos que los empuñen...”*.

Para octubre de 1815, ya caído el gobierno de **Carlos de Alvear**, el ejército contaba con unos 1.600 soldados de infantería, 1.000 de caballería de línea y 220 artilleros, con 10 cañones.

Mientras aumentaba el ejército, se presentaban nuevos problemas. Había que uniformarlos y vestirlos y poner en condiciones al armamento, que en su mayor parte estaba en mal estado. Escaseaban la pólvora y las municiones, y no había forma de proveerlas pues las únicas fábricas existentes, en Córdoba y La Rioja, alcanzaban apenas a satisfacer la demanda del Ejército del Alto Perú, que se hallaba en plena campaña.

El genio de San Martín solucionó de a poco y de a una las dificultades.

Dirigido por el emigrado chileno **Dámaso Herrera** se transformó el Molino de Tejeda en un batán de telas, accionado por el sistema hidráulico que poseía.

De San Luis traían las bayetas de lana y en Mendoza se teñían con los colores que necesitaba el ejército y se abatanaban hasta el grado de consistencia conveniente. Con estas bayetas, transformadas en pañetes o bayetones, se vistió al ejército.

Se crearon la Maestranza y el Parque de Artillería, con laboratorio de mixtos explosivos. Es decir, pólvoras y mezclas, bajo la dirección de fray **Luis Beltrán**, un fraile experto en metalurgia que también volvía de Chile con grado de capitán patriota. La zona era abundante en salitre y por ello se pudo formar un laboratorio con la dirección del ingeniero José Antonio Álvarez de Condarco. Mezclando las cantidades adecuadas de carbón y azufre, se obtuvo una pólvora de calidad que cubrió las necesidades previstas.

La sanidad militar fue organizada por el médico inglés **Diego Paroissien**, y que desde los inicios de la revolución se hallaba en Buenos Aires y que llegaría a ser médico personal y edecán de San Martín.

Se crearon la Vicaría Castrense bajo la dirección del sacerdote **José Lorenzo Güiraldes**, y una Comisaría (contaduría) del Ejército bajo la dirección del coronel **Juan Gregorio Lemos**. Finalmente, la justicia Militar se puso bajo la órbita, como auditor de guerra, de **Bernardo de Vera y Pintado**.

Buenos Aires, duda

A comienzos de 1816, la campaña sobre Chile aún no había sido aceptada oficialmente por el Gobierno nacional.

Como era urgente apresurar su organización con la incorporación de otros 1.600 hombres y la obtención de ganado y dinero para adquirir armas, San Martín comisionó a **Manuel Ignacio Molina** para que entrevistara al Director Supremo. Sólo obtuvo una contribución en dinero. El Libertador debía sumar, a los grandes problemas que tenía, la incomprensión del Gobierno de Buenos Aires, no muy convencido de las posibilidades de atacar a través de los Andes.

En marzo de 1816, San Martín pidió la incorporación de los otros dos escuadrones de Granaderos a Caballo que estaban en el Ejército del Alto Perú y habían participado de la derrota de Sipe Sipe que puso final a la campaña de José Rondeau.

Al siguiente mes le fueron enviados estos granaderos que, al pasar por La Rioja, reclutaron 100 hombres más.

El 3 de mayo de 1816, el Congreso de Tucumán eligió como Director Supremo a **Juan Martín de Pueyrredón**. San Martín se entrevistó con él en Córdoba, y lo atrajo a su causa para que éste dirigiera los esfuerzos hacia Cuyo y la campaña de los Andes, dejando el Norte bajo el cuidado de **Martín Miguel de Güemes**.

La provincia cordillerana se transformó en una inmensa fragua para forjar un ejército bien dotado que debía abatir el estandarte español en Chile. El 1º de agosto, el Director Supremo dio al ejército de Cuyo el nombre definitivo de Ejército de los Andes y San Martín fue designado su general en jefe.

Su estructura fue reorganizada. La infantería lo hizo en batallones, unidades más pequeñas y operativas que los regimientos.

Así, el Regimiento Nº 11 fue dividido en dos unidades o batallones. El primero quedó como Nº 11 y el segundo recibió el nombre de Batallón Nº 1 de Cazadores de los Andes.

El batallón Nº 8 fue aumentado mediante el reclutamiento de un fuerte contingente de negros esclavos libertos cuyanos y alcanzó los 355 hombres, que aumentaron con más aportes de la provincia.

En noviembre de ese año, San Martín propuso la formación de una compañía independiente de zapadores barreteros y minadores, soldados especialistas en abrir caminos y allanar el paso del ejército, haciendo volar los obstáculos. Eran imprescindibles por las características topográficas del teatro de operaciones de la cordillera. Pero el gobierno autorizó en su lugar la creación de plazas de gastadores (zapadores) en cada regimiento de infantería y un cuerpo de barreteros de minas que se agregó a la artillería.

Los Granaderos a Caballo, única unidad de caballería con que contaba, quedaron organizados en cuatro escuadrones de 145 hombres cada uno. Y un quinto escuadrón, formado con personal seleccionado, pasó a ser un Escuadrón de Cazadores de la Escolta, como acompañamiento personal del General en Jefe. Con los artilleros que se enviaron desde Buenos Aires se creó un Batallón de Artillería de 241 hombres con 18 piezas de diverso calibre.

Recursos para la campaña

Paralelamente a la organización, fue necesario prever su mantenimiento, adquirir materiales de guerra y obtener recursos para financiar la campaña. A ello contribuyeron los pueblos de Cuyo. Durante 1815, las minas de Pismanta y Huayaguaz proveyeron 27 quintales de plomo y gran cantidad de azufre. Las de Uspallata produjeron igualmente plomo y algo de plata.

Así, se lograron extraer de Cuyo los elementos para la fabricación de pólvora y los metales para alimentar las fraguas de fray Luis Beltrán.

Por la necesidad de aumentar los ingresos de la provincia, dada la insuficiencia de la ayuda desde Buenos Aires, San Martín debió ampliar el régimen tributario de la provincia y crear diversos arbitrios, como la contribución extraordinaria de guerra, impuesto directo sobre los capitales y a los comerciantes exportadores; el impuesto a la carne de consumo corriente; una contribución patriótica; la contribución de las fincas rústicas, y otra extraordinaria.

Se recurrió a las donaciones voluntarias en dinero, ganado y elementos directa o indirectamente útiles al ejército. Los aportes voluntarios provinieron de los comerciantes de vinos y aguardientes, del gremio de carreteros y la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, además de los españoles simpatizantes con la causa de la independencia.

En concepto de ingresos eventuales se recurrió a la disminución del sueldo de los empleados públicos, prometiendo el reintegro a quienes no lo cediesen voluntariamente, se aceptaron préstamos voluntarios y se dispuso la confiscación de bienes de los europeos y americanos enemigos de la revolución y de los prófugos realistas en Perú, Chile entre otros. Fue así como surgieron recursos para organizar, armar, equipar y mantener un ejército.

Cuando la población de Cuyo ya no tuvo nada para dar, siguió ofreciendo sus esfuerzos: las damas cocieron ropas e hilaron vendas. Los artesanos prestaron su concurso para las construcciones militares; los carreteros y arrieros realizaron el transporte gratuito de los elementos necesarios al ejército.

En todo momento las fuerzas reclutadas recibían una cuidadosa instrucción, dirigida personalmente por San Martín, la que se intensificó a mediados de 1816.

Finalmente, se estableció un campamento en el paraje llamado El Plumerillo, a pocos kilómetros al noreste de Mendoza.

En el frente del campamento se despejó un gran terreno que se destinó como plaza de instrucción y, hacia el oeste, se construyó un tapial doble para espaldón de campo de tiro. Al finalizar ese año, la instrucción militar de las tropas había alcanzado un grado de perfeccionamiento no igualado hasta entonces por ejército sudamericano alguno.

El Ejército de los Andes

La estructura del ejército se completó con un Cuartel General, con el Estado Mayor (creado el 24 de diciembre de 1816), con las compañías especializadas de barreteros de minas, arrieros y baqueanos, y con los servicios de vicaría castrense, sanidad, remonta, justicia, aprovisionamiento y custodia de bagajes.

Los efectivos de todas las unidades de línea, servicios y tropas auxiliares del Ejército de los Andes arrojaron un total de: *3 generales, 28 jefes, 207 oficiales, 15 empleados civiles, 3.778 soldados combatientes y 1.392 auxiliares.*

Todo sumaba un conjunto de 5.423 hombres. Disponía, además, de 18 piezas de artillería, 1.500 caballos y 9.280 mulas.

Pero al Ejército le faltaba una bandera. El comercio de Mendoza proveyó la sarga, de colores blanco y celeste, y varias damas confeccionaron el estandarte que la tropa entrenada por San Martín llevó hasta el Perú y a los pies del monte Chimborazo.

El equipamiento del ejército se logró con gran previsión, pero también con dificultades, y la uniformidad estuvo regida por la escasez de las provisiones. Con un gran sentido de la economía, San Martín fue almacenando poco a poco prendas que se le enviaban desde Buenos Aires, y cuando todo estuvo "*listo para la de vámonos*" -según la expresión familiar de una de sus cartas, escrita en vísperas de la partida- pudo equipar a sus tropas con vestuarios flamantes, una parte de los cuales hizo construir en la propia provincia de Cuyo.

La base de los uniformes de la Infantería y de la Caballería era la tela de paño azul, color militar por excelencia en la época, y la diferencia entre las distintas unidades estaba dada por el color de cuellos y puños diferentes de una unidad a otra. Estos, por lo general, eran rojos o azules o se alternaban de modo de diferenciar a los regimientos. Los vivos eran blancos y verdes en los

cazadores. Los granaderos usaban su uniforme habitual azul con vivos granas y granadas bordadas. Recién sufrirían cambios luego de las victorias y en vistas a la campaña del Perú.

Para salvar las dificultades previstas San Martín ordenó dar los pantalones comunes de paño de los batallones 7 y 8 a los granaderos a caballo, a cambio de los de montar *medio sajones* de éstos, cuyas guarniciones interiores de cuero daban más abrigo a los soldados de color de ambos batallones, expuestos a los fríos de la cordillera.

También vistió San Martín a la compañía de granaderos del N° 7 con las casaquillas que, de acuerdo con un nuevo reglamento, se le remitieron para la artillería, a la cual reservó el uniforme antiguo, que había acumulado en sus almacenes.

Los granaderos a caballo por su parte, además de los capotes recibieron como abrigo chaquetas forradas de piel, llamadas pellizas, que le habían sido enviadas desde Buenos Aires, sobrantes de la desaparecida y lujosa escolta directorial de Alvear.

En general, la tropa vistió chaqueta, pantalón y botines de paño. Las prendas de abrigo fueron capotes y ponchos; estos últimos los usaron los granaderos a caballo, siendo de los llamados carís, es decir tejidos en el país y de color de vicuña o avellana. La provisión de la tropa se completaba con: mochilas, chifles, alforjas, zapatos, *tamangos u ojotas* para la marcha, tiradores y dos camisas por plaza.

Para el cruce de los Andes, los granaderos recibieron pantalones de paño reforzados, y se les proveyó de chaquetas con piel de paño grana, que se llevaban encima de las casacas.

El Ejército de los Andes durante el cruce de la cordillera

CUARTEL GENERAL

Comandante en jefe del ejército:Gral. José de San Martín

Comandante del cuartel general:..... Gral. Bernardo O´Higgins

Secretario de guerra:Tte. Cnel. José Centeno

Secretario particular:Capitán Salvador Iglesias

Auditor de guerra:..... Dr. Bernardo de Vera

Capellán general castrense:..... Dr. Lorenzo Güiraldes

Edecanes:..... Cnel. Hilarión de la Quintana

Tte. Cnel. Diego Paroissien

Sgto. Mayor Álvarez Condarco

Ayudantes:..... Capitán Juan O´Brien

Capitán Manuel Acosta

Capitán José M. de la Cruz

Tte. Domingo Urrutia.

ESTADO MAYOR

Jefe del estado mayor:.....Gral. Miguel E. Soler

2º jefe del estado mayor:.....Cnel. Antonio Luis Berutti

Ayudantes:.....Sgto. Mayor Antonio Arcos

Capitán José M. Aguirre

Tte. Vicente Ramos

Oficiales Ordenanzas:..... Alférez Manuel Mariño

Tte. Manuel Saavedra

Tte. Francisco Meneses

Subte. Félix A. Novoa

Comisario general de guerra: Juan Gregorio Lemos

Oficial 1º de comisaría:..... Valeriano García

Proveedor general:..... Domingo Pérez

Agregados al estado mayor: . Tte. Cnel. A. Martínez

Tte. Cnel. Ramón Freire

Tte. Cnel. José Samaniego

Sgto. Mayor Enrique Martínez

Sgto. Mayor Lucio Mansilla

FUERZAS DE LÍNEA

Batallón Nº 1 de Cazadores:.. Cmte. Tte. Cnel. Rudecindo Alvarado

Sgto. Mayor José García de Zequeira

27 oficiales

543 de tropa

Batallón Nº 7 de Línea:Cmte. Tte. Cnel. Pedro Conde

Sgto. Mayor Cirilo Correa

26 oficiales

741 de tropa

Batallón Nº 8 de Línea:..... Cmte. Tte. Cnel. Ambrosio Crámer

Sgto. Mayor Joaquín Nazar

26 oficiales

767 de tropa

Batallón Nº 11 de Línea:..... Cmte. Cnel. Graduado Juan Gregorio de las Heras

Sgto. Mayor Ramón Guerrero

26 oficiales

579 de tropa

Batallón de Artillería:Cmte. Tte. Cnel. Graduado D. Pedro Regalado de la Plaza

15 oficiales

228 de tropa

Rgto. de granaderos a Caballo:.....Cmte. Cnel. Graduado José Matías Zapiola

2do. Cmte. Del 3er. Escuadrón Tte. Cnel. José Melián

Sgto. Mayor y Cmte. Del 2do Escuadrón Manuel Medina

Cmte. Accidental del 4to. Escuadrón capitán Manuel de

Escalada en sustitución de su titular, Sgto. Mayor

Mariano Necochea, que estaba a cargo del Escuadrón

Escolta.

37 oficiales

640 de tropa

Al momento de iniciar el cruce de la cordillera, en 1817, el Comandante en Jefe del Ejército, General José de San Martín, estaba por cumplir 38 años. El 1º de agosto de 1816 había sido nombrado general en jefe del flamante ejército de los Andes. Preparó a sus fuerzas, reclutó hombres y el objetivo era uno solo: obtener la libertad de Chile.

SERVICIO Y TROPAS AUXILIARES

Cuerpo de barreteros de minas.....	120
Destacamento de baqueanos.....	25
Escuadrón de milicianos (custodia de bagajes).....	1.200
Sanidad (hospital volante).....	47
Según estudios del Historiador Guillermo Furlong el total del ejército era de hombres.....	5.423
cifra que se descomponía en: Soldados combatientes.....	3.778
Auxiliares.....	1.892
Oficiales.....	207
Empleados civiles.....	15

Una hazaña, en medio de las dificultades

En su *Historia de San Martín*, Bartolomé Mitre dice que la gran cordillera argentino-chilena sólo es accesible por pasos precisos, llamados boquetes o portezuelos, de los cuales los más conocidos y que se relacionan con nuestra historia son: al centro, los de Uspallata y Los Patos, frente a Mendoza y San Juan; al norte, el portezuelo de la Ramada y el paso de Come-Caballos, que ponen en comunicación a La Rioja con Coquimbo y Copiapó; y por último, al sur, los del Planchón y del Portillo, que conducen a los valles de Talca y Maipú, ya Santiago de Chile.

Estos caminos transversales, cuyas cumbres en la prolongación del eje del cordón principal de la cordillera se elevan entre 3.000 y 3.700 metros, quedan obstruidos con las nieves del invierno y sólo son transitables con el rigor del verano.

Hasta 1817, sólo habían sido cruzados por pequeños destacamentos militares o caravanas de arrieros, por senderos en los que únicamente podía pasar un hombre a mula.

El paso de un ejército numeroso a través de sus desfiladeros se consideraba imposible, y no había sido ni proyectado siquiera -dice Mitre- antes que San Martín lo intentara.

Los problemas a resolver por San Martín para invadir Chile eran muchos. Por esos precipicios había que llevar artillería de batalla, trasmontar las cumbres sucesivas con 5.423 hombres, llevar, además de las municiones y del armamento de repuesto, los víveres necesarios para la

travesía, y las mulas y los caballos con sus forrajes para el transporte del personal y del material.

Asimismo, esas tropas debían llegar concentradas, en son de guerra, al territorio enemigo, para calcular los movimientos combinados y lograr una doble victoria: sobre la naturaleza y el enemigo.

El paso de los Andes fue una verdadera proeza, una empresa difícil, penosa y peligrosa, de la que muchos están lejos de imaginar lo arduo y sobrehumano que fue aquel cruce, único en los anales de la historia argentina y casi de la universal.

Para comprender el cruce de los Andes hay que eliminar la idea de la amplia carretera que existe en la actualidad, suprimir la mayoría de los puentes y prescindir del túnel que usan los trenes y los autos.

En el siglo XIX no había carretera sino un camino, de 30 a 50 centímetros de ancho, desigual y pedregoso, apto para las mulas. Las tropas de la patria tuvieron que viajar al paso de estos animales y, por eso, el cruce duró 20 días.

Aníbal y Napoleón

Algunos han comparado el paso de los Andes con el de los Alpes, realizado por el cartaginés **Aníbal**, primero, y **por Napoleón** después.

La similitud es relativa, porque difieren las dimensiones y características geográficas del teatro de operaciones, así como los medios y recursos con que fueron cruzadas ambas cadenas montañosas. Esas diferencias son las que convierten a la hazaña sanmartiniana en algo único en su género.

En el 218 antes de Cristo, Aníbal cruzó los Alpes por caminos que, en esa época, eran muy transitados por ser vías obligadas de intercambio comercial. Y aunque su tránsito no era fácil, tampoco presentaba grandes dificultades, prueba de ello es que Aníbal llevó elefantes, carros de combate y largas columnas de abastecimiento. Napoleón, por su parte, cruzó los Alpes por el paso del Gran San Bernardo, en 1800. Sufrió tormentas de nieve y avalanchas.

San Martín atravesó los Andes por empinadas y tortuosas huellas, por senderos de cornisa en los que había que marchar en fila india, sin poder llevar carros y conduciendo a lomo de mula la artillería, municiones y víveres, aparte de tener que usar rústicos cabrestantes e improvisados trineos para poder pasar las abruptas pendientes con sus cañones. “¿Habría podido Aníbal franquear las cinco cordilleras de la ruta de Los Patos, escalando, con elefantes y vehículos, los 5.000 metros del paso Espinacito?”, se preguntó el historiador **Guillermo Furlong**, a quien se siguió en este relato.

Los caminos no eran caminos, los caballos no podían ir sino a paso de mula y de los 1.500 que llevó San Martín -sólo 511 llegaron con vida a Chacabuco- eran exclusivamente para las

batallas que habría que librar en Chile. En la cuesta de Chacabuco, la caballada no pudo ser usada como quería San Martín por lo montañoso de la región.

La tracción de carretas fue imposible, aunque en los caminos llanos y amplios, que fueron los menos, se usaron zorras, tiradas por bueyes o caballos, en las que se transportaban los cañones, los dos anclotes (aparatos parecidos a las anclas, usados para sostener algo o recuperar un objeto caído), las cabrias (especie de grúas usadas para subir o bajar los cañones y otros elementos) y parte de los equipajes.

Sólo las mulas mansas eran adecuadas para el cruce. En El Plumerillo, Mendoza, estos animales habían sido amansados por orden de San Martín, para que no produjeran incidentes. Aun así, algunas causaron la pérdida de equipos del ejército.

La carga que llevaban las mulas estaba colocada sobre el animal y no a los lados, ya que era imposible que sobresaliese más de 20 centímetros por lado. Cargarlas con acierto fue una maniobra delicada: en el camino-cornisa las mulas iban pegadas al talud y cualquier golpe de la carga causaba la caída del animal al abismo, abierto siempre al otro costado. Hoy los caminos tipo cornisa tienen un ancho de tres metros, pero en 1817 apenas llegaban, en los mejores pasos, a un metro, lo que imposibilitaba el paso de todo vehículo y tornaba peligroso el tránsito de los animales cargados, las mulas, las vacas, y, más aún, el de caballos, aunque fueran mansos.

Los pasos de la cordillera eran callejones o desfiladeros más o menos planos, ubicados entre montes. Algunos desfiladeros eran intransitables. Esto es, no en el fondo, sobre suelo firme y seguro, sino en las alturas y por caminos abiertos a pico, ubicados entre 100 y 500 metros de altura sobre el fondo de las cortaduras o los ríos.

Si se va por Uspallata o por los Patos, que son los caminos más viables y que fueron los elegidos por San Martín, sólo hay un 10% del trayecto donde se va en las bajuras y no en las alturas.

Llevar 5.423 hombres, con 9.280 mulas, 1.500 caballos y 18 piezas de artillería, además de anclotes, vituallas, forraje y municiones, por sendas estrechas e inseguras; con falta o exceso de agua, según las ocasiones; con frío intenso durante la noche y aun en pleno día; con el riesgo de sufrir apunamiento o soroche y con falta de pasto para el ganado y de leña para hacer fuego durante unos 20 días, es algo superior a toda ponderación. Es una hazaña que raya en la esfera de lo impracticable, de lo imposible.

San Martín escribió a Tomás Guido el 14 de junio de 1816: “Lo que no me deja dormir es, no la oposición que puedan hacerme los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes”.

Vencer dificultades

La escasez de agua era un problema a pesar de que abunda en la cordillera y que los caminos costean ríos de buen caudal. En la cordillera, sobre todo del lado argentino, el camino está a pocos metros de abundante agua, pero entre la senda que lleva el viajante y el río, hay 100,

200, 500 o más metros de montaña tan perpendicular que no hay cómo bajar. Y en caso de bajar, no hay cómo volver a subir. Sólo en algún que otro lugar, donde el río y el camino se encuentran a igual, o casi igual nivel, se puede acceder al agua.

San Martín conocía esta realidad y planeó las jornadas del viaje según las posibilidades de conseguir agua. Haciendo la travesía por jornadas, según los sitios donde había agua para saciar la sed de más de 5.000 hombres y más de 10.000 animales, quedaba eliminada una de las dificultades más grandes.

No había entonces, ni hay ahora, pasto adecuado para los animales ni leña para los fogones, fuera del valle de Uspallata y de Valle Hermoso, donde el ejército podía acampar durante algunos días. En los restantes valles no había pasto ni leña porque el clima desértico de la cordillera hace que ésta sólo ofrezca rocas desnudas de vegetación y valles cubiertos de inmensos pedregales.

Sólo se ven, de vez en cuando, unos arbustos espinosos y retorcidos, entremezclados con pastos duros, y el llamado pasto puna, gramínea tan dura como poco digerible.

Por eso, el ejército tuvo que llevar, a lomo de mula, todo el forraje necesario para alimentar a 10.000 animales durante 20 días. Desgraciadamente la previsión no resultó suficiente y muchas mulas desfallecieron de puro flacas.

Así lo dijo fray **Luis Beltrán**, a cuyo cargo corría el acarreo de la artillería: “Estoy sin mulas, porque con el trabajo se caen de flacas”.

También hubo que llevar la leña para hacer fuego y disponer de la comida para más de 5.000 hombres. En ocasiones, San Martín prohibió hacer fuego por la noche: no quería que sirviera de guía a los espías enemigos. Como en la cordillera no hay arbustos, para hacer fuego se juntaba bosta seca de mulas, que siempre quedaba en la senda.

Cuando las fuerzas de **Juan Gregorio de Las Heras** se aproximaron a la cumbre, realizaron el ascenso en la oscuridad, por temor a ser sorprendidos. Las Heras también prohibió encender fuego, aun para preparar alimentos. La tropa sólo contó con una ración de galleta y otra de vino.

Gracias a las aguadas que se pudieron utilizar, a la leña que había provisto el ejército, y a la bosta que había en los caminos, sobre todo en los lugares amplios -usados como corrales-, el ejército podía cocinar de ordinario su rancho (comida).

Todos los comestibles fueron llevados desde Mendoza por la misma tropa a lomo de mula o en las mochilas y condimentados con grasa y ají picante. Con la sola adición de agua caliente y harina de maíz tostado se preparaba un potaje tan agradable como sustancioso.

Sobre las mulas cargueras se llevaban 3.000 arrobas de charque -carne salada y seca-, además de galletas de harina, maíz tostado, vino, aguardiente, ajos y cebollas. Estos tubérculos también eran utilizados para combatir el apunamiento.

Las provisiones de 15 días para 5.423 hombres ocuparon 510 mulas y las cargas de vino para ración diaria, 113. Según el general **Guillermo Miller**, el número de vacunos en pie llegaba a 483.

Paso lleno de peligros

La comida típica de los arrieros era el guiso o cocido valdiviano, preparado en un cuenco con agua hirviendo, con charque machacado entre dos piedras, cebollas crudas y maíz molido. El plato se completaba con el mate como bebida.

La fórmula de San Martín para mitigar el hambre, el apunamiento y el frío fue: víveres frescos (ganado en pie), condimentos fuertes (ají) y bebidas estimulantes, como vino y aguardiente.

Para preparar el aprovisionamiento del ejército se constituyó un depósito en Los Manantiales (Mendoza), donde había víveres para 20 días (comestibles secos, reses en pie y forraje para 1.500 caballos).

Iniciada la marcha, las columnas que llevaban los víveres iban detrás. El ajo y la cebolla eran utilizados para contrarrestar el apunamiento o soroche. Los ajos se restregaban en las narices de las mulas que padecían el soroche.

Pese a la acertada previsión de San Martín, el frío igual atormentó a la tropa. En las zonas cercanas a la cumbre, los días, según las horas y según la ubicación en que se encuentra el viajante, son muy calurosos o muy fríos, y las noches, heladas. La temperatura desciende a 15 o 20 grados bajo cero durante algunas noches de verano.

Todos, desde San Martín hasta el último soldado, tuvieron que dormir a lo arriero no una, sino muchas noches y usar por cama la montura, el poncho y el jergón -similar a un colchón de lana-, puestos sobre el duro suelo de la zona.

La nieve indefectiblemente cayó sobre ellos durante algunas noches. Como suele ocurrir, la escena matutina debió ser singularísima en esas ocasiones ya que el frío más intenso es el de las primeras horas de la mañana y todos los bagajes, cargas y armas estarían cubiertos de nieve, y las aguas y demás líquidos estarían helados, y los animales, ateridos.

Para defender a sus soldados del frío, San Martín adoptó dos medidas extraordinarias: proporcionarles zapatos que abrigaran bien los pies y distribuir entre ellos una buena cantidad de alcohol, que llevara calor al organismo. También les dio ponchos forrados, muy abrigadores, pero creyó que lo más importante era un buen calzado, para caminar por caminos pedregosos y para defenderse del frío.

Con los desperdicios de cuero de las reses, hizo construir tamangos, o zapatones altos y anchos, y los hizo forrar interiormente con trapos y lana. En su bando del 17 de octubre de 1816, en el cual ordenaba recoger trapos de lana para forrar los tamangos, San Martín manifestó que ello era necesario “por cuanto la salud de la tropa es la poderosa máquina que bien dirigida puede dar el triunfo, y el abrigo de los pies es el primer cuidado”. Además del

aguardiente, del ajo y la cebolla, el frío se combatía mediante el azote de los hombres helados, con varas de mimbre. Gracias a estos azotes, muchos se salvaron de morir en la alta montaña, donde el frío mató a unos 60 o 70 soldados en una sola noche. El total de bajas fue de 300 por el soroche y el hielo. Esta cifra fue mayor que la de los muertos en la batalla de Chacabuco, con lo que el propio cruce se convirtió en una verdadera batalla.

También se proveyó de protección a los animales. Caballos, mulas y vacas llevaban la llamada enjalma chilena, un abrigo forrado en piel. San Martín desechó los abrigos forrados en paja, por el peligro de que las bestias se los comieran, a falta de otro tipo de alimento.

A ello hay que agregar los efectos del apunamiento: la fatiga es grande y las fuerzas, casi nulas. La adaptación a la alta montaña es lenta y puede llevar meses o años. San Martín trató de aminorar las consecuencias de la puna al dar abundante ajo y cebolla a sus soldados, y facilitar a los atacados el viaje en mula. Toda la infantería fue montada hasta la primera noche de vivac (campamento) en el descenso de la cordillera para disminuir la fatiga del soroche. Así y todo “la puna atacó a la mayor parte del ejército, de cuyas resultas perecieron varios soldados”, como escribió el propio San Martín.

Como arrastrar la artillería era una tarea muy complicada por las características de los caminos, San Martín hizo cubrir todas las piezas con cueros vacunos. Buscó que no se deterioraran por caídas y golpes, y de facilitar su sujeción con cuerdas y sogas. Las piezas de artillería podían llevarse alzadas sobre el suelo, en los caminos estrechos, o ser bajadas o subidas, con cabrestantes, en los pasos más difíciles. En grandes trechos, la artillería fue llevada por los milicianos, con zorras y a brazo, con el auxilio de cabrestantes cuando era necesario subirlas o bajarlas.

Para cruzar los ríos colmados de agua, el ejército llevó un puente que podía armarse y desarmarse. Era un puente de maromas –cuerdas gruesas, generalmente de fibras vegetales- de 40 metros de largo.

El ejército también llevaba dos anclotes, además de cabrias o cabrestantes para los grandes precipicios, y aparejos o cuadernales de toda clase o potencia, según los casos.

El subteniente **Jerónimo Espejo** dijo que no se hizo necesario usar los anclotes para salvar los cañones, aunque sí para salvar la carga de las mulas que caían a los abismos menos profundos.

Se sabe por fray Luis Beltrán que en Las Cortaderas un cañón rodó al abismo y fue rescatado sin otros daños más que la ruptura del eje. Y también que más de 30 cargas fueron rescatadas.

San Martín, además de enviar a **José Álvarez Condarco** a reconocer los pasos -“atesorados en su memoria, que debió ser prodigiosa”, escribió el general-, conocía bien la cordillera ya que obraban en su poder mapas y planos, y se proveyó de buenos baqueanos.

Además, él mismo conocía muy bien la cordillera por haber penetrado el macizo andino en varias ocasiones, para averiguar los sitios por donde podría producirse una invasión realista sobre Mendoza.

En junio de 1815 hizo un viaje a San Juan y exploró los caminos que desde esa ciudad conducen a Chile. En mayo y junio de 1816, San Martín exploró los boquetes que estaban más cerca de Mendoza. Los baqueanos, conocedores de toda la ruta, eran pocos, siendo uno de ellos Francisco Oros. Pero la mayoría sólo conocía algunos sectores. Esto obligó a establecer, como escribió **Leopoldo Ornstein**, “un servicio escalonado de baqueanos”.

Álvarez Condarco, como ingeniero, pasó a Chile por Uspallata, y regresó por los Patos, para registrar cartográficamente los alrededores de Chacabuco. Antes de la batalla, el 10 y 11 de febrero de 1817, Álvarez Condarco realizó un croquis de las serranías. Esto fue posible porque contó con la protección de guerrillas de infantería y caballería.

La guerra de zapa: el engaño a los realistas

En las instancias previas al cruce de los Andes, **San Martín** montó un servicio de inteligencia, espionaje y guerra de zapa para saber cuál era la fuerza el enemigo que debía enfrentar y engañar a los realistas acerca del lugar y forma en que llevaría a cabo su empresa.

Como recuerda **Bartolomé Mitre**, el propio San Martín dijo, en vísperas de abrir su campaña: *“Las medidas están tomadas para ocultar al enemigo el punto de ataque; si se consigue y nos deja poner el pie en el llano, la cosa está asegurada. En fin, haremos cuanto se pueda para salir bien, pues si no, todo se lo lleva el diablo”*.

Mitre también dijo que la intención de San Martín era hacer creer al enemigo que la expedición se dirigiría al sur de Chile, cuando, en realidad, su plan ofensivo se proponía realizar la invasión por el medio del macizo cordillerano. Así, engañó a los realistas con falsas comunicaciones y fingidas confidencias a amigos y enemigos. Y guardó el secreto hasta el último momento.

Para terminar de convencer al capitán general de Chile, **Francisco Marcó del Pont**, del falso plan, llevó a cabo un original ardid de guerra, novedoso y digno de su genio: el llamado Parlamento con los indios pehuenches.

Como gobernador de Cuyo, San Martín tenía relaciones amistosas con los indios pehuenches - dueños de las tierras ubicadas en las faldas orientales de la cordillera, al sur de Mendoza- para brindar paso libre a sus agentes secretos de Chile y, a la vez, tenerlos de su parte en caso de invasión del enemigo.

Mientras concentraba su ejército en el campamento de El Plumerillo, se propuso renovar las relaciones, con el doble objeto –dice Mitre- de engañar al enemigo sobre sus verdaderos planes y dar mayor seguridad a las operaciones secundarias que planeaba por los caminos del sur.

Los indios pehuenches

Para ello invitó a los caciques a un parlamento general (una gran reunión de todos ellos) en el fuerte de San Carlos, ubicado en la frontera del río Diamante. La idea era pedirles, como dueños de la tierra, permiso para pasar por ellas. Para animar la reunión y regalarle a los jefes, mandó anticipadamente recuas de mulas cargadas de pellejos y odres (cueros usados para contener líquidos) de aguardiente y barriles de vino, dulces, telas vistosas, arneses de montura, víveres de todo género, en abundancia, y un surtido de bordados y vestidos, todo con el objeto de agasajar a sus aliados.

El día del Parlamento, los pehuenches se aproximaron al fuerte al son de sus bocinas de cuerno, seguidos de sus tribus y blandiendo sus largas lanzas emplumadas. Los guerreros iban desnudos de la cintura para arriba y llevaban suelta la larga cabellera, todos en actitud de combate. Cada tribu era precedida por un piquete de Granaderos Caballo, que contrastaba con el aspecto guerrero de los indios.

Al enfrentar la explanada de la fortaleza, los guerreros revolearon las chuzas en señal de saludo y luego hicieron un simulacro militar a la usanza pehuenche. Lanzaron sus caballos a todo galope alrededor de las murallas del fuerte, mientras que desde los bastiones se disparaba cada cinco minutos un cañonazo de salva como saludo, a cuyo estruendo contestaban los guerreros golpeándose la boca y con gritos de regocijo. La gran asamblea se llevó a cabo en la plaza de armas del fuerte. San Martín solicitó permiso para pasar por las tierras pehuenches y atacar por el Planchón y el Portillo a los españoles, que eran extranjeros y enemigos de los indios.

El máximo jefe, o colocolo, de las tribus era **Necuñan**, el más anciano, quien consultó a los otros jefes y escuchó sus votos. Luego, le dijo San Martín que, salvo tres caciques, que él sabría contener, todos los demás aceptaban sus proposiciones.

El tratado se selló con el abrazo de los jefes y San Martín, como prueba de amistad. Además, los indios depositaron sus armas en manos de los cristianos y se entregaron a una fiesta que -según Mitre- duró ocho días consecutivos.

San Martín regresó a su cuartel general sabiendo que dominaría la negociación. Había previsto que los tres caciques disidentes denunciarían su simulado proyecto al general Marcó del Pont, como en efecto sucedió. Pero también pensó en otro ardid por si acaso los caciques no lo delataban ante el capitán general de Chile.

Mientras alistaba su ejército, San Martín había cortado las comunicaciones de los españoles de Cuyo con Marcó del Pont, pero éste, ignorante de la situación, despachó emisarios para pedir noticias a quienes creía eran sus espías. En realidad, eran espías de San Martín.

Las últimas cartas de Marcó del Pont corrieron la misma suerte y San Martín hizo comparecer a los supuestos espías. Les mostró las cartas que los dejaban en evidencia y, amenazándolos con una pistola que tenía sobre su mesa, los obligó a escribir y a firmar las contestaciones que les dictó.

En ellas anunciaba que saldría de Buenos Aires una escuadra compuesta de una fragata, tres corbetas, dos bergantines y dos transportes, al mando del inglés **Taylor** y cuyo objeto se ignoraba. También informaba que había celebrado un parlamento general con los pehuenches.

Las cartas, despachadas con un emisario de confianza de San Martín, llegaron a manos de Marcó del Pont, quien les dio crédito y puso en alerta a todo Chile para prevenir la doble invasión.

San Martín, en tanto, participaba al gobierno que el parlamento tenía por objeto que “los indios auxiliasen al ejército en su tránsito con ganados y caballadas a los precios estipulados”,

Mientras escribía a su único confidente, Tomás Guido: “Concluí con toda felicidad mi gran parlamento con los indios del sur: auxiliarán al ejército no sólo con ganados, sino que están comprometidos a tomar una parte activa contra el enemigo”.

En verdad, un misterio. Los planes auténticos no se supieron sino hasta que fueron concretados.

De Mendoza a Chile por seis rutas distintas

Seis fueron las rutas y columnas que, siguiendo el plan trazado por **San Martín**, cruzaron los Andes, entre enero y febrero de 1817.

Dos de ellas fueron las llamadas columnas primarias o principales, que incluían al grueso del Ejército de los Andes y que luego harían las operaciones principales.

Las otras cuatro fueron las columnas secundarias, pero muy importantes para la estrategia global, pues todas ellas colaboraron en la victoria final y cumplieron las misiones encomendadas por el Libertador.

Los datos sobre el avance de estas seis columnas provienen del estudio realizado por el coronel Leopoldo Ornstein, el más profundo y detallista historiador de quienes estudiaron la campaña de San Martín.

Las columnas principales

El grueso del ejército formó una columna fraccionada en tres escalones, que quedaron a cargo de San Martín, **O'Higgins** y el general **Miguel Estanislao Soler**.

Esta columna principal tomó la ruta conocida como de Los Patos y fue la última en salir de El Plumerillo, entre el 20 y el 24 de enero de 1817.

El 2 de febrero cruzó la cordillera por el paso de las Lletas. Esta división tuvo muchas dificultades: atravesó 4 cordones montañosos.

La otra columna principal fue la división de **Las Heras**, que siguió por el camino de Uspallata y el valle del río Mendoza. Libró combates con las avanzadas realistas en Picheuta y Potrerillos, atravesó la cordillera por los pasos de Bermejo e Iglesias el 1º de febrero; luchó en Guardia Vieja y el 8 de febrero, entró, triunfante, en Santa Rosa de los Andes. Allí se reunió con la columna de San Martín, O`Higgins y Soler.

La columna de Las Heras partió desde El Plumerillo el 18 de enero de 1817. Llevaba como segundo jefe al sargento mayor **Enrique Martínez** y a las 11.30 de ese día comenzó la marcha entre las aclamaciones de una muchedumbre que había ido a despedir a las tropas.

San Martín decidió que toda la artillería pesada y parte de la artillería liviana, conducida por fray **Luis Beltrán**, siguiera a la retaguardia ya que por el paso de Uspallata sería más fácil el traslado de las piezas pesadas que por Los Patos.

El primer tramo que realizó esta columna fue hasta Uspallata, por Canota, acortando camino en dirección a la cordillera y atravesando la sierra de los Paramillos. El 18 y el 19 de enero, permaneció en Canota. Reanudó la marcha al día siguiente, cuando, por la noche, alcanzó el valle de Uspallata, donde instaló su campamento en espera del movimiento de la otra columna principal.

Como ambas divisiones debían actuar en simultáneo, las tropas de Las Heras aguardaron a las de Soler hasta el 29 de enero.

El día 24, estos soldados tuvieron el primer contacto con el enemigo tras recibir un aviso desde el fuerte de Picheuta. La guardia de Picheuta había sido sorprendida por 50 realistas a caballo que resultaron victoriosos. Los realistas venían de Santiago con órdenes de avanzar por los pasos para obtener noticias.

Primeros enfrentamientos

El sargento mayor **Miguel Marqueli**, con 200 hombres, entró por el camino a Uspallata, llegó el 24 al Paramillo de Vacas y, con 50 hombres, rodeó el fuerte Picheuta y lo atacó, tomándolo por sorpresa. Luego se replegó a Potrerillos.

Las Heras envió al sargento mayor Martínez, con una compañía del Batallón Nº11 y 30 granaderos a caballo, a perseguir a los enemigos. Al llegar a Picheuta, supo que los realistas se habían ido al río Las Vacas y que estaban apostados al norte y al sur del Camino Real, entre el cerro de Las Cañas y la confluencia de los ríos Las Vacas y Mendoza.

Al avanzar los patriotas, los realistas abrieron fuego, y la columna de Martínez, que iba por el centro, fue detenida. Pero el contingente Militar que estaba más al norte pudo avanzar y sobrepasó a los realistas. Advertido de la situación, Marqueli mandó guerrillas para detenerlos.

En tanto, la columna sur cruzó el río Las Vacas y atacó a los realistas, pero fue repelida por una guerrilla que la obligó a retroceder.

La columna patriota ubicada al centro no podía avanzar. Martínez decidió suspender el combate y replegarse bajo el fuego enemigo, volvió a cruzar el río y se refugió en el Paramillo para defenderse. Los realistas levantaron a sus heridos y se retiraron, con rapidez, hacia las cumbres. Esta actitud dio ánimo a Martínez, que ordenó su persecución. Llegó a dejar avanzadas en Potrerillos y Picheuta y regresó a Uspallata el 26 de enero. Sus bajas: 12 heridos.

El 29 de enero, la columna de Las Heras reinició la marcha y llegó a Picheuta a la media tarde para pasar la noche. El 30 siguió hasta Polvaredas y el 31, hasta el arroyo Santa María, donde se destacó una partida de exploración que informó haber visto tropas realistas.

Las Heras decidió que cruzaría las altas cumbres esa misma noche. Ordenó no desensillar, repartir vino y galleta y no encender fuego. También dividió a sus tropas en tres escalones para usar simultáneamente los dos pasos de esa ruta, el Bermejo y el Iglesia, azotados por fuertes vientos.

El primer escalón (15 granaderos y dos compañías del Batallón Nº 11) pasaría por el Bermejo y atacaría a la guardia realista. El segundo escalón (15 granaderos y otras compañías del Batallón Nº 11), al mando de Martínez, cruzaría por Iglesia y cortaría la retirada de los enemigos. El tercer escalón, con el resto de la columna y la artillería, al mando del sargento mayor Román Deheza, cruzaría por detrás.

A medianoche y bajo la luz de la luna, contra el viento y el frío, los soldados ascendieron las cumbres.

Al llegar vieron que las fuerzas realistas se habían ido. Por eso, el siguiente cruce del cordón fronterizo fue más tranquilo: las tropas subieron de 2.800 hasta 3.800 metros al recorrer 18 kilómetros sin mayores contratiempos. El 2 y 3 de febrero los pasaron en espera y el 3 llegó un chasque de San Martín, con órdenes para que se detuvieran dos días, para poder maniobrar en conjunto con el grueso del ejército.

Las Heras envió partidas de exploración para detectar al enemigo.

Un destacamento con granaderos y tropas del Batallón Nº 11 fue hasta el caserío de Guardia Vieja, en el valle del río Juncal, al percatarse de que allí había 100 realistas. Los patriotas capturaron a tres de ellos y se los enviaron a Las Heras. Este ordenó que marcharan en apoyo 150 fusileros montados en mulas y 30 granaderos, al mando de Martínez.

El 4 de febrero Martínez llegó y comprobó que el enemigo se había hecho fuerte en un parapeto natural. Dividió a sus tropas en dos partes iguales y lanzó a la compañía de cazadores, por la orilla del río, bajo un vivo fuego de los realistas.

Mientras tanto, la otra fracción rodeaba la altura por el sur y lograba ocupar un flanco favorable sobre los enemigos, iniciando un ataque envolvente. Los realistas se replegaron hasta el caserío pero fueron derrotados por la arremetida patriota.

Perdieron 25 hombres, hubo 43 prisioneros y otros soldados huyeron a Santa Rosa, perseguidos por los granaderos. Después de destruir el fuerte e incendiar el caserío, los patriotas se replegaron a Juncadillo, ya que la división de Las Heras no debía llegar a Santa

Rosa hasta el 8 de febrero. Con ello, la misión de esta columna quedaba cumplida satisfactoriamente. Había recorrido 320 kilómetros en ocho días y sólo restaba esperar las órdenes de San Martín. Mientras entraba en Santa Rosa, las Heras recibía las noticias de la columna principal y enviaba las suyas. Todo salía según lo planeado.

En tanto, seguía el avance de la división principal, dividida en tres escalones: la vanguardia, a las órdenes de Soler y dividida en dos subescalones; el centro, al mando de O`Higgins, y el último escalón, o retaguardia, al mando de San Martín. La columna inició su marcha desde El Plumerillo, el 19 de enero.

La vanguardia estaba formada por el batallón de cazadores, las compañías de granaderos y cazadores de los batallones Nº 7 y 8, y los escuadrones de granaderos Nº 3 y 4. Llevaba cinco piezas de artillería, con 50 hombres.

El 19 (aquí los historiadores difieren en las fechas. El mejor estudio dice del 19 al 23) inició la marcha el primer escalón de la vanguardia al mando del coronel **Juan Melián**; al día siguiente partió el segundo escalón, con el teniente coronel Rudecindo Alvarado a la cabeza.

Marcha firme

El 21 fue el turno del grueso del ejército, al mando de O`Higgins y con dos subescalones. El primero estaba formado por el resto del Batallón Nº7, dos piezas de artillería y 30 soldados. El segundo, que partió el 22 de enero, incluía al resto del Batallón Nº 8 y a la escolta de caballería de San Martín.

El 23 inició la marcha la retaguardia con los escuadrones 1 y 2 de granaderos y los hospitales de campaña, como primer subescalón. Luego iba el resto de la artillería, parque (municiones) y maestranza.

El 25 de enero, el primer escalón hizo el recorrido entre Las Cuevas y Yalguaraz, y el 27 desde Uretilla hasta el río Los Patos. El 29, llegaron a Manantiales. Allí se juntaron los dos escalones que habían seguido la misma ruta de la vanguardia.

El 1º de febrero las columnas (en la ruta de Los Patos) salvaron el cordón cordillerano de El Espinacito por el paso del mismo nombre, a una altura de 5.000 metros. Estaban a una legua y media (alrededor de 8,3 kilómetros) de la vanguardia, que había llegado a Los Portillos. El 2 de febrero Soler avisó que acampaba cerca del Mercedario y que enviaba patrullas en busca de los enemigos, que, al parecer, ignoraban el arribo de los patriotas. El grueso del ejército, mientras tanto, llegaba a Quebrada Ancha, donde pasó la noche.

El 3, Soler llegó a Los Piuquenes desde donde mandó ocupar la garganta de Achupallas y fortificarla por orden de San Martín, que al saber del combate de Potrerillos sostenido por Las Heras, temía que los realistas pudieran evitar la concentración del ejército tras el cruce.

El 4 de febrero el sargento mayor **Antonio Arcos**, siguiendo órdenes de Soler, avanzó hacia Achupallas, sin saber que 100 realistas preparaban una emboscada en las faldas del valle,

sobre el caserío. Cuando hacía su entrada, advirtió la maniobra enemiga, rápidamente emplazó a sus soldados en el caserío y ordenó al teniente Juan Lavalle que cargara con 25 granaderos. Los realistas se lanzaron al ataque y fueron recibidos por una descarga de los patriotas, mientras Lavalle los ponía en fuga, pese a su superioridad numérica.

Mientras esto sucedía, el grueso del ejército cruzaba las cumbres con gran esfuerzo, el 4 llegaba al Portillo y se juntaba con la vanguardia de Soler. Los granaderos de la escolta fueron destacados en San Felipe, al mando de **Mariano Necochea**, y el 6 la vanguardia entraba en Achupallas. En Santa Rosa de Los Andes, se hallaba el coronel realista **Miguel de Atero**, comandante del valle del Aconcagua. Al conocer las derrotas de sus avanzadas en Achupallas y Guardia Vieja, creyó que era atacado e inició el repliegue. Sus víveres y material bélico pasaron a Las Heras.

Las tropas del coronel De Atero marchaban hacia el sur cuando, el 5 de febrero, en Chacabuco, se encontraron con el coronel Quintanilla, que llegaba con dos escuadrones de carabineros en su apoyo. Con este refuerzo, este grupo realista tenía 400 jinetes, 300 infantes y dos cañones. Decidió volver hacia Santa Rosa y enfrentar a los patriotas. Como los realistas no encontraron a Las Heras fueron por la columna de Soler y el 7 de febrero llegaron a Las Coimas. Soler, avisado de la maniobra, adelantó a dos escuadrones de granaderos a caballo en refuerzo de Necochea, y al llegar parte de la vanguardia le envió otras dos compañías de infantería. Pero Necochea no esperó y marchó contra los realistas sólo con 160 granaderos de la escolta.

Los realistas estaban en los cerros de Las Coimas. Parecían dominar el valle. Necochea comprendió que su escuadrón era insuficiente para la acción e ideó un plan. Dividió a sus tropas en tres secciones, envió una a que simulase un ataque por el flanco izquierdo de los realistas, mientras la otra lo hacía por la derecha. En tanto, con su sección, fue hasta una arboleda.

La maniobra consistió en acercar ambas secciones de granaderos por los flancos y a la vista de los realistas, simular verlos recién en ese momento y hacer una veloz retirada, forzándolos a perseguirlos. Los 400 carabineros realistas salieron en su persecución.

Una vez que los granaderos salieron del área de fuego de la infantería, volvieron a agruparse y cargaron al galope, a lo que se sumó la fracción de Necochea. El choque de las fuerzas desarticuló a los realistas que, en la huida, arrollaron a su propia infantería, en completo desorden.

De Atero se retiró a Santiago y dejó la tropa al mando de **Marqueli**, quien se dirigió hacia las casas de Chacabuco el 8 de febrero. En tanto, el grueso del ejército llegó a San Andrés de Tártaro y el 8 ocupó San Felipe. Y también la división de Las Heras.

Las fuerzas se reunieron el 10 de febrero de 1817 en la cuesta de Chacabuco: la batalla por el cruce de la montaña había pasado.

Columnas secundarias

Las primeras columnas en salir fueron las secundarias. Debían hacer trayectos más largos para operar en simultáneo con las columnas principales. Su misión consistía en engañar al enemigo sobre el verdadero arribo del grueso del ejército, distraerle fuerzas; controlar puntos vitales y dejar incomunicados a los distintos cuerpos realistas.

Para realizar estas tareas en la provincia chilena de Coquimbo, partió de Mendoza, el 9 de enero de 1817, un destacamento a las órdenes del teniente coronel Juan Manuel Cabot, con tres oficiales y 60 hombres de línea de los batallones Nº 1 de cazadores, Nº 8 y un grupo de granaderos a caballo, que fue reforzado con ochenta milicianos de caballería en San Juan. El 12 inició la marcha, tomó por Talacasto, Pismanta y escaló la cordillera por el paso de Guana a principios de febrero. Cuando los realistas de La Serena supieron de la llegada de Cabot, se dieron a la fuga, por lo que la población se pronunció por la patria.

El 15 de febrero, luego de arrollar a los realistas que presentaron pelea y tras recorrer 540 kilómetros en 32 días la columna entró en Coquimbo.

El capitán de caballería **José León Lemos**, comandante del fuerte de San Carlos, debía entrar con sus blandengues por la quebrada de Chacales y controlar el camino del paso del Portillo. Debía sorprender, el 4 de febrero, a la guardia realista ubicada en San Gabriel para hacerle creer al enemigo que todo el ejército marchaba por ese lugar y distraerle fuerzas. Esta columna avanzó por el Arenal, Piedras Coloradas y el Portillo Mendocino; descendió por el valle del Tunuyán e hizo el cruce de la cordillera por el boquete de Piuquenes. Las malas condiciones del tiempo le impidieron copar a la fuerza enemiga y ésta pudo escapar. Tras soportar tormentas de nieve, Lemos se reunió con el resto del ejército.

El 14 de enero salió de Mendoza, hacia el sur, un destacamento al mando del teniente coronel **Ramón Freire** para cruzar por el paso del Planchón. Iba con cuatro oficiales, 80 infantes de los batallones 7, 8 y 11 y 25 granaderos a caballo. Siguió por el camino de Luján de Cuyo, y los fuertes de San Carlos y San Rafael. El 1º de febrero llegó al paso del Planchón por el que franqueó la cordillera. Su misión: hacer creer a los realistas que dirigía la vanguardia del ejército y en fomentar una insurrección en el sur de Chile. Llegado a las cercanías de Talca, en el caserío de Cumpeo, Freire tuvo un encuentro con el enemigo que duró casi un día: fue derrotado. Luego, se replegó ante el avance de una fuerza mayor que llegaba desde Curicó. Tras pelear en Quechereguas, volvió a Cumpeo e hizo circular el rumor de que esperaba al grueso de la columna de O'Higgins.

Sus acciones costaron a los realistas la distracción de 1.000 hombres que no pudieron estar en Chacabuco, Su misión fue cumplida como San Martín había previsto.

El Ejército del Norte, acuartelado en Tucumán y dirigido por **Manuel Belgrano**, ayudó con un destacamento de 50 infantes, al mando del teniente coronel Francisco Zelada. En La Rioja sumaron a 80 milicianos del capitán Dávila. Reunidos en Guandacol, el 5 de enero, salieron por la quebrada del Zapallar y la laguna Brava. Cruzaron la cordillera el 1º de febrero por el paso de Come-Caballos, bajaron hacia el río Turbio el 11 de febrero y sorprendieron a las avanzadas realistas. El 13 de febrero, la ciudad de Copiapó cayó en manos patriotas. Siete días después, el grupo se contactó con la columna dirigida por Cabot.

Las batallas de San Martín: el cruce de los Andes

Buenos Aires: Arte Gráfico Editorial Argentino S.A.

CLARIN

Bibliografía

Félix Best: *Historia de las guerras Argentinas,*

Bs. As. Ed. Jacobo Peuser, 1946.

Guillermo Furlong SJ: *El cruce de los Andes en San
Martín Libertador de América,*

Instituto Nacional Sanmartiniano y Ed.

Manrique Zago, Bs. As., 2000.

Instituto Nacional Sanmartiniano:

Documentos para la Historia del Libertador

General San Martín, 19 volúmenes, Bs. As.

1946- 2001.

Bartolomé Mitre: *Historia de San Martín y de*

la Emancipación Sudamericana, Bs. As.

Eudeba, 1977.

Leopoldo Ornstein: *Las Campañas*

Libertadoras del General San Martín.

AGEPE, Bs. As. 1958.

Mario Orlando Punzi: *San Martín, el primer
montañés de América*, Corregidor, Bs. As.

1989.

Patricia Pasquali: *San Martín, la fuerza de la
misión y la soledad de la gloria*, Bs. As.

Planeta, 1999.

Diego Alejandro Soria, *Las campañas militares
del General San Martín*, Instituto Nacional
Sanmartiniano-Fundación Mater Dei, Rosario
2004.